

EL HOLOCAUSTO DEL LIBRO EN AL-ANDALUS

Eduardo Mármol Bernal

*“Aunque el papel queméis,
no quemaréis lo que el papel encierra;
que dentro de mi espíritu,
a pesar de vosotros se conserva
y conmigo camina
a donde quiera que mis pies me llevan.
Allí donde repose,
allí también reposará la ciencia, y conmigo en mi
[tumba
será enterrada el día que yo muera.”*
Ibn- Hazm
(Polígrafo Córdoba 994-1064)

El papel es el soporte del florecimiento de la cultura árabe.

Siglos antes de que el Renacimiento hiciese brotar de nuevo las fuentes semi-exhaustas de la cultura clásica, fluía en Córdoba y corría hacia el resto de Europa el río caudal de la más rica civilización que conociera el Occidente durante la Edad Media. La civilización de Al-Andalus fue un Renacimiento. En el siglo x, según la frase de la monja sabia Hrostwitha, del imperio de Otón la brillante Córdoba de los Omeyas es “la perla del mundo” coincide este reinado con el auge de la literatura y la narrativa en Al-Andalus. Un ejemplar de “Al Aghani” la obra de Abolfajr Isfahani (896-966), fue adquirido en Bagdad por mil dinares de oro con la condición de que la primera edición fuera en Al-Andalus. Ese contacto entre el pueblo árabe se mantiene vivo e intenso en estos siglos, no sólo por el idioma y la religión, sino gracias a sus mercaderes, los camellos cruzan con-

tinuamente los desiertos, cargados de mercancías y los barcos atraviesan los mares desde el Al-Andalus a las costas de Siria y desde el Éufrates a los lejanos mares de China.

Viajan los peregrinos, que como buen musulmán debe ir a la Meca una vez por lo menos en su vida. En muchas ocasiones muchos viajan en busca de un libro original precioso, como lo hacían también los emisarios de los diferentes califas, para buscar y poder adquirir obras maestras destinadas a enriquecer las bibliotecas.

Musulmanes, cristianos y judíos, colaboran en las obras de traducción y recopilación. El médico judío Hasday Ben Saprut, primer ministro de Abdel-Ramán III y protector de letrados, traduce, en colaboración con el monje Nicolás, un códice de Dioscóride, rico presente que el emperador de Bizancio envió al Califa de Córdoba.

Con Abd-del-Ramán III (912-961) Córdoba se embellece, aumentan sus bibliotecas como todas las del Al-Andalus.

En Córdoba según Emilio García Gómez, es la ciudad de las setenta bibliotecas y los novecientos baños públicos, garrapatean los escribas, disertan los maestros, los ricos puján en las subastas de códices, versifican los poetas y los eruditos ordenan las primeras antologías. Los libros gozaban de una amplia difusión y la enseñanza elemental estaba generalizada, casi todo el mundo sabía leer y escribir, mientras que en la Europa cristiana, a menos que se pertenecieran al clero, no sabían. El amor a los libros penetró tanto en la sociedad del Al-Andalus que desde el califa hasta las humildes

mujeres de los arrabales cordobeses, desde los ricos comerciantes de Almería hasta los círculos judíos de Zaragoza todos rivalizaban en tenerlos. Apenas había objeto más apreciado que un libro, rara sería la casa donde no hubiera alguno. Según los datos del bibliotecario jefe, reproducidos por Al-Maqqari, el catálogo de esa biblioteca que detalla solamente el título de los manuscritos, llegó a estar formado por 44 libros de registro que contaban, cada uno, con 50 hojas. Unos cuatrocientos mil habría sido el número de libros que consiguió acumular en su palacio cordobés. El califa introdujo el uso del papel en toda la administración de su gigantesco imperio. Los textos religiosos y científicos no tardaron en escribirse en este nuevo material. Cuando en Bagdad y Túnez se empezó a fabricar papel, en este último país en las villas de Cairuán, Raqada y Mehedía, de donde pasó al sur de Italia, y por Ceuta paso a Córdoba que según parece lo trajeron fabricantes tunecinos, a juzgar por los relatos de Aben Al-Abbdar, en su libro llamado "Ta-Kmila" que nos dice: "Uno de los mejores papeleros tunecinos, llamado Ibrahim ben Sálím y apodado «El Warraq» (El papelerero), fabricó el excelente papel llamado «papel africano»". Había nacido en Túnez, estudió en Cairuán, cuya famosa mezquita es muy parecida a la de Córdoba primitiva, y estuvo al servicio de los soberanos del país, en Raqada.

Cuando cayó esa dinastía aglabita, por el empuje de los fatimitas, salió del país y atraído por la fama creciente del Al-Andalus, se instaló en Córdoba, donde el califa Alháquen II lo admitió en sus cortejos, lo protegió y le asignó una pensión respetable, murió en avanzada edad en Córdoba a finales del siglo X. Otro papelerero famoso, también tunecino, que llegó a Córdoba fue Mohamed ben Yusif, a quién igualmente le protegió el califa Alháquem. Como era conocedor y había estudiado en su país, Ifriquia, el califa le encargó que escribiera un libro sobre la geografía de los países de Occidente donde se fabricaba el papel de lujo.

Estos y otros datos análogos, evidencian la importancia del papel en Córdoba, este ya comenzó a venderse por manos y resmas (en árabe razmah) y según los análisis químicos se confeccionaba con cáñamo o trapo de lino y una curiosidad en muchos libros árabes, es que en sus tintas contienen un potente insecticida, de manera que los insectos respetan lo escrito.

Quién no respetó ni al libro, ni al papel fue y sigue siendo el hombre y el fuego.

La primera gran destrucción de libros parece ser que ocurrió hacia el 640 ó 644 después de

Cristo, no por fechas sino por la importancia del número. En la exótica Biblioteca de Alejandría, que contenía un elevado número de libros (como se llamaba entonces a cada rollo de papiro) que databan desde el siglo III a.C. Omar, príncipe de la fe, heredero de la piedad de Mahoma, mandó con pragmatismo lo siguiente: "Si los libros contienen la misma doctrina del Corán, no sirven para nada porque repiten; si los libros no están de acuerdo a la doctrina del Corán, no tiene caso el conservarlos" de esta manera la Biblioteca de Alejandría una vez más fue incendiada y totalmente destruida... Esta cremación causó el exterminio del cuarenta por ciento de la literatura griega antigua, la gran mayoría de los clásicos ardieron por seis largos meses. A los conquistadores islámicos de la ciudad egipcia, les parecía innecesario conservar libros que no transmitieran las enseñanzas del Corán. La defensa de la fe, con frecuencia es utilizada como veremos, como una mera excusa para preservar el poder terrenal.

Desgraciadamente, el miedo a la difusión de las ideas consideradas peligrosas por el poder y la utilización política del fanatismo ideológico introdujeron en el Al-Andalus la nefasta práctica de la quema de libros. La primera destrucción a gran escala fue ordenada por Muhammad ibn Abi Amir llamado al-Mansur escribano público, en un tendete cercano al Alcázar, el palacio del califa, redacta demandas, con un único objetivo: llegar a ser un día el señor de Al-Andalus, esa es su enorme ambición; después entra como escribano auxiliar al pretorio del cadí, y el destino le convierte en administrador del heredero, el joven Hisham II (que durante todo su reinado fue una figura decorativa) Abi-Amir conspira, traiciona y se hace con el título de "hadjib" (primer ministro) siendo en lo sucesivo el único señor de Córdoba, pues el adolescente Hisham II, no tenía todavía edad de gobernar, no la tendrá jamás. El poder de Abi-Ramir se mezcla hasta la confusión con los legítimos omeyas, hadjib el Abi-Hamir es casi califa completamente, salvo de nombre y en el 981 se elige con el sobrenombre de al-Mansur (El Victorioso).

Al-Mansur (Almanzor) estaba ya preparado para su gloria y para pasar a la Historia y declara "la jihad" la guerra santa, combatir "en el camino de Allah" en búsqueda de la muerte insigne que asegura la salud eterna. Al-Mansur librará, batallas contra los llamados infieles, en verano o en invierno, durante 57 expediciones no buscaba anexas nuevas regiones, ni desplazar la frontera entre las dos Españas. Su meta era humillar al adversario, arrancar tributos, saquear todo lo que pueda del

otro, capturar un máximo de esclavos. La afluencia de prisioneros cristianos colapsa periódicamente el mercado de esclavos de Córdoba.

No olvido el cristianismo el mes de agosto de 997 cuando Santiago de Compostela arde, los hombres de Al-Mansur han arrasado hasta la última piedra de la rica basílica donde reposan, según la leyenda los restos de Santiago el Mayor, sólo la tumba del Apóstol se libró, por orden de su capitán. De regreso a Al-Andalus, destruyen castillos, saquean monasterios y llegan triunfantes a Córdoba, los prisioneros cristianos llevan a hombres las campanas de Santiago, que dos siglos y medio después hicieron el camino inverso a espaldas de cautivos musulmanes.

Al-Mansur hace gala de ser un hombre de una piedad implacable, copia un Corán a mano y lo lleva a sus campañas para dar pruebas de su devoción, se somete a la implantación del índice de los fakhins, teólogos del malikismo la doctrina oficial-severos guardianes de la más estricta ortodoxia islamista, los hizo que fueran a la biblioteca real del Alcázar del Califa, y les pidió que expurgaran todos aquellos libros que tratasen de filosofía, astronomía o que en general, estuvieran incluidos en las denominadas ciencias ilícitas.

Una inmensa hoguera fue alimentada por miles de manuscritos en los que Alhaquén II había intentado recopilar los conocimientos de todas las ciencias, los que trataban de lógica, astrología y otras disciplinas de los antiguos, excepto los de medicina y matemáticas, encontraron su destino final en el fuego redentor de Al-Mansur y para disculparse argumentaba, que los contenidos en los libros eran ciencias que habían sido abandonadas por sus predecesores, que eran libros odiados y quién los leyerá era acusado de sospechoso de heterodoxia y herejía.

No sólo no se contentó con los libros de la biblioteca sino que esta acción la llevó a cabo por todo el Al-Andalus de esta manera muchos de los libros fueron quemados, otros arrojados a los pozos, donde se les echó encima tierra, y piedras o destruidos de cualquier otra forma. (Said al-andalusí, Tabaqá t).

Los filósofos se llevaron la peor parte en esta represión cultural, con los libros de Ibn Hazn, nacido en Córdoba, en el año 922, hicieron una hoguera en Sevilla, mientras él vivía diversos escritos de Ibn Másaqa fueron pasto de las llamas después de muerto. Los andalusíes combatían a los filósofos y a la filosofía.

Quemaban los libros de Ghazali, rechazando sus escritos.

El cadí de Córdoba Ibn Zarb (929-991) persiguió a los seguidores del comentado Ibn Masaqa y les obligaba a arrepentirse y a quemar sus libros, de este gran filósofo sólo dos de sus numerosas obras se han recuperado “El libro de la explicación perspicaz” y “El libro de las letras”.

Los libros se destruyen con el ánimo de aniquilar la memoria que encierra, no se destruía porque se le odió como objeto, sino porque se consideraba una amenaza directa o indirecta a un valor considerado superior o a los fervores extremistas religiosos, sociales o políticos. Es un error atribuir la quema o destrucciones de los libros a la ignorancia, en muchas ocasiones cuanto más culto es un pueblo o un hombre, más dispuesto está a eliminar los libros bajo presión de los mitos apocalípticos.

Cuando en el siglo x, la casa del visir Ben al Amid fue saqueada, su mayor preocupación fue la posibilidad de haber perdido su biblioteca: “Todas las demás cosas” dijo, “pueden reponerse, pero los libros no”.

En la cultura árabe-islámica ese amor de los libros, la bibliografía, es una característica constante. Las bibliotecas han sido siempre un signo de prestigio para su poseedor y los soberanos musulmanes se distinguieron a menudo por su papel de mecenas literarios e intelectuales, además de subvencionar a literatos, poetas, sabios... y de comprar como se ha dicho manuscritos allí donde se estuviesen copiando y creando bibliotecas, era una interacción cultural que configura un universo complementario de Oriente, muchos libros copiados eran enviados a Bagdad, la capital imperial de los abbasíes, que en el siglo ix, era la meca del saber mundial y su mercado de libros era inigualable, en términos tanto de cantidad como de calidad, muchos también pasaron a incrementar el acervo cultural de Al-Andalus.

La vida cultural de Bagdad, sólo puede reconstituirse adecuadamente a través de los textos que nos han llegado escritos. En el siglo x, un bagdadí bibliófilo, llamado Ben al Nadim, compuso un índice de los libros en árabe por árabes y los no árabes.

Los centenares, miles de referencias bibliográficas de este índice, están agrupadas por temas. Este amplísimo abanico de temas, es en realidad el registro de toda una civilización.

Se han conservado algunas descripciones de las bibliotecas de este período floreciente, como la del famoso geógrafo Al-Mugaddasi que visitó la del príncipe Abud al Dawla, que según parece, era un edificio entero con un administrador, un bibliotecario y un inspector en esta biblioteca, donde se

encontraban miles de libros que se habían escrito hasta entonces en todas las ramas del saber. Cada habitación contenía una disciplina en armarios y con catálogos propios; en estos se registraba el título de los libros. También todos estos tesoros bibliográficos se perdieron en los avatares históricos de una ciudad que ha padecido destrucciones sistemáticas. Los mongoles en 1258 asediaron a la ciudad y tras la rendición del califa abasi Al-Mutasim pasaron a cuchillo a sus habitantes, destruyendo gran parte de los edificios y bibliotecas incluidas. Los manuscritos fueron entonces transportados a orillas del Tigris, arrojados y la tinta se mezcló con la sangre roja de los habitantes masacrados. En 1393 volvieron los mongoles a atacar Bagdad y acabaron con todo lo que no habían acabado, asolando Siria y eliminando, de este modo todos los libros de sus adversarios. Hace un año en Abril de 2003, más de un millón de libros se han vuelto a perder, a partir de la destrucción de las principales bibliotecas de Iraq; esta es la primera gran destrucción de libros del siglo XXI. Recordemos su importancia como símbolo cultural: es la tierra donde nació hace 55 siglos, exactamente hacía el año 3200 a.C. en la ciudad de Uru, cuando florecía la civilización de los sumerios. Bagdad es una especie de mito en la conciencia del Oriente y Occidente, donde salieron para Europa cientos de manuscritos de los clásicos griegos que terminaron por influir en la formación de los intelectuales de la Edad Media y que pudiesen desarrollar tan importante esfuerzo literario, estaba relacionado con el hecho de que se contaba con papel, más barato y mejor que el papiro y el pergamino. Sobre esta base sociocultural, abundan los cultivos de lino, conocimientos hidráulicos, importantes vías comerciales y un gran deseo de superación cultural que se asentará sobre la fabricación del papel como soporte de su lengua. A finales del siglo VIII en tiempos de Harun Al-Raschid ya existían fabricas en Bagdad.

Granada fue la última representante de la gran civilización hispanoárabe, aquí se cometió el crimen más atroz cometido por los tribunales de la Inquisición y de los Reyes contra el Al-Andalus y de la civilización humana, fue un edicto para la quema de todos los libros islámicos- árabes, de manera que fueron quemados miles y miles de libros en la plaza de Bib-Rambla, la más grande de todas las plazas de Granada.

Fue el vencimiento definitivo para que no quedara ni el recuerdo de lo que había sido esa etapa de nuestra historia, ignorar lo que fue el califato; sus bibliotecas, su cultura, nos quedan testimonios

de muchos códices para tener conocimiento de lo que la hoguera se llevo de manuscritos, no sólo importantes por su contenido, sino por su valor estético incluso material. Se ha estimado que existen hoy unos 250.000 manuscritos árabes en las diferentes bibliotecas Occidentales y Orientales, incluidas las colecciones privadas. Literalmente millones y millones de libros deben de haber perecido y con ellos los logros de los grandes eruditos, que podrían haber cambiado el curso de la historia.

Kamer en sus crónicas nos informa de que cuando comenzó en 1492 la quema, se convirtiera en una hoguera permanente durante años y que se perdieron millones de libros.

La quema convertida desde el mismo acto de perpetrarla, está bien documentada, según el notario e íntimo de Cisneros, Juan de Vallejo, es la que sigue:

Para desarraigarles del todo de la sobre dicha su perversa y mala secta, les mandó a los dichos alfaquís tomar todos sus alcoranes y todos los otros libros particulares, cuantos se pudieron haber, los cuales fueron más de 4 ó 5 mil volúmenes, entre grandes y pequeños, y hacer muy grandes fuegos y quemarlos todos; en que había entre ellos infinitos que las encuadernaciones que tenían de plata y otras cosas moriscas, puestas por ellos, valían 8 y 10 ducados, y otros de allí abajo. Y aunque algunos hacían mancilla para los Tomar y aprovecharse de los pergaminos, papel y encuadernaciones, su señoría reverendísima mandó expresamente que no se tomase, ni ninguno lo hiciese. Y así se quemaron todos, sin quedar memoria, como dicho es, excepto los libros de medicina, que había muchos y se hallaron, que estos mandó que se quedasen, de los cuales su señoría mando traer bien 30 ó 40 volúmenes de libros, y están hoy en día puestos en la librería de su insigne colegio y universidad de Alcalá.

Alvar Gómez de Castro, discípulo de Cisneros, ofrece nuevos detalles:

Alegre por el éxito Cisneros y estimando que debía aprovecharse una ocasión tan favorable, y extirpar radicalmente de sus almas todo el error mahometano, no se detenía ante el parecer de quienes juzgaban más prudente ir quitando poco a poco una costumbre inveterada. Reuniendo cerca de cinco mil volúmenes, adornados con los palos de enrollar, los cuales eran también de plata y oro, sin contar su admirable labor artística. Estos volúmenes cautivaban ojos y ánimos de los espectadores. En una hoguera pública fueron quemados

todos los volúmenes juntos, a excepción de algunos libros de Medicina, a la que aquella raza fue siempre y con gran provecho muy aficionada. Hasta este momento había marchado realmente sobre ruedas el programa de nuestro Obispo.

El acto de Cisneros, serviría para comenzar el proceso que llevaría, un siglo después al destino de los moriscos.

De casa en casa, sacerdotes y soldados confiscaban libros y, advertían que había llegado la hora de quemar un antiguo libro sagrado, el Coran, uno de los atributos del dios de los herejes.

Hubo quién enterró sus libros o los ocultaron en alguna alacena de muros. Los moriscos que eran musulmanes, que fueron obligados a abjurar del Islam, escribían en castellano con letras árabes, a pesar de la dificultad la no correspondencia de algunas letras árabes con las latinas, a este tipo de libro se le denomina aljamiado, era la forma de ocultar el contenido del libro, ocultándolos en los huecos de sus casas y en ellos quedaron cuando expulsados, se vieron obligados a abandonarlas.

Hoy se conservan algo más de doscientos manuscritos en España y fuera de España. Como el conjunto de manuscritos fechados en los siglos XIV y XV de origen mudéjar-morisco encontrados en Ocaña (Toledo) o los encontrados en Aragón, sólo en el pueblo Zaragozano de Almonacio de la Sierra, aparecieron en 1884, al derribar una casa antigua, más de cien manuscritos.

Entre los distintos grupos de moriscos, los valencianos fueron los que se mantuvieron más fieles a su tradición cultural, conservándose hasta el final el uso de la lengua árabe, sus costumbres y su fe con todos sus preceptos del Coran. Se han conservado unos cuantos documentos sueltos,

pero no conocemos ningún libro de los encautados a los moriscos, seguro que la Inquisición Valencia dio buena cuenta de ellos.

Se dispone de datos indirectos, extraídos de las causas de fe y de los más de 250 procesos inquisitoriales, los datos son breves y poco claros.

El libro que aparece con más frecuencia es el Coran o el libro de la secta de Mahoma, en un proceso, se menciona, el acusado trató de esconder un libro de octavo de papel de dos dedos de volumen escrito en lengua al parecer arábiga con letras negras o coloradas, cubierto de una vaqueta turquesa de color acufaija con unas rayas negras y un botón y lacada de seda verde y oro para cerrarle. Otras obras fueron de derecho islámico, de teología, de hardices, de polémica...

Unos 4.000 manuscritos se salvaron desde la quema de la plaza de Bib-Rambla y hoy se encuentran en el Escorial, son de Medicina, Botánica y otras disciplinas, en estos tiempos de reivindicaciones, también se piden que estos vuelvan a Granada para poder “reconstruir nuestro medioevo”.

Todavía hoy existen casos insólitos, como el de un vecino de Paterna del Río en Almería que descubrió en su hogar, tras un falso tabique, libros y documentos de los siglos XIV, XV y XVI no encontrando en ellos ningún valor ni utilidad, les prendió fuego, salvándose unas pocas hojas de ellos.

Vivimos en un país, donde la mayoría de la población considera que los libros no sirven para nada y consecuentemente, a mayor antigüedad de papel impreso, más engorro para su propietario.

La España martillo de herejes, los cuales sueñan con la hoguera para calcinar la memoria el “ni se, ni quiero saber” el odio hacía la palabra impresa.